

La conciencia de Zeno

Mauricio Molina

En septiembre de este año se cumplen ochenta años de la muerte de Italo Svevo, autor de una novela imprescindible para la literatura del siglo xx. Me refiero a *La conciencia de Zeno*, publicada en 1923, un año después del *Ulises* de James Joyce, de quien fue amigo, discípulo y, acaso también, mentor. Recuerdo que hace algunos años se vendía en las librerías una edición de *La conciencia de Zeno* en cuya solapa se leía una afirmación exagerada que decía algo así como: “la obra maestra de James Joyce no fue el *Ulises*, sino el descubrimiento de Italo Svevo”.

Su nombre para la vida real era Aron Ettore Schmitz. Nacido en Trieste en el seno de una familia de comerciantes judíos, Svevo fue, ante todo, un fumador compulsivo y esta afición al tabaco sería el disparador para la escritura de su novela mayor: *La conciencia de Zeno*.

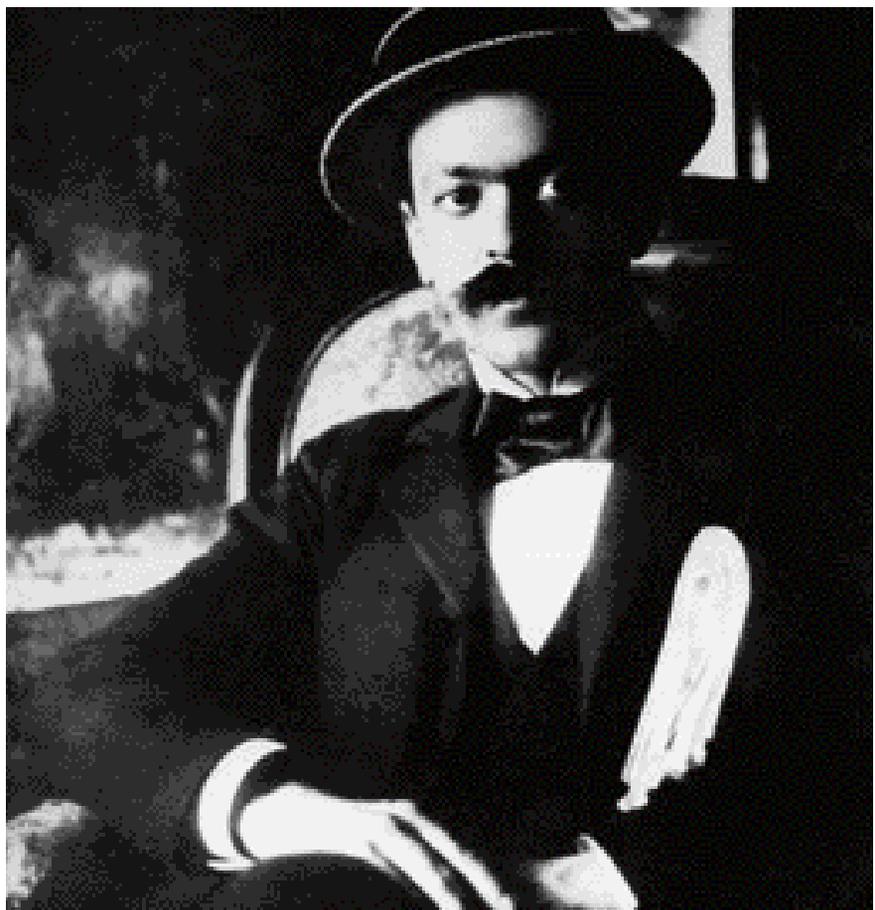
Resulta difícil releer una novela. Objeto verbal diseñado para beberse una sola vez, la novela reclama toda nuestra atención durante algunos días o semanas y después desaparece entre los estantes de nuestras bibliotecas. Entre las novelas modernas que frecuento se encuentran, además del mencionado *Ulises*, *Pedro Páramo*, *Paradiso*, *En busca del tiempo perdido*, *El hombre sin atributos*, *La montaña mágica*, *Pálido fuego*, *El castillo* y *La conciencia de Zeno*. Si nos retiramos hacia los siglos anteriores al xix, he vuelto a *Madame Bovary*, *El quijote*, *La celestina* (a la que considero una suerte de protonovela) y, de manera casi maniaca —la reviso por lo menos una vez cada tres años—, el *Viaje sentimental* de Laurence Sterne.

La conciencia de Zeno es una de esas novelas que me obligan a regresar a ella. Ignoro si se trata de la imposibilidad de

dejar el tabaco (el “último cigarrillo” resuena a lo largo de la novela como un estribillo), tema inicial con que abre la novela, o si me interesa el abanico de decisiones que llevan al protagonista a casarse, buscar una amante, obsesionarse con los negocios, o volver una y otra vez a la muerte del padre, lo que me lleva a frecuentar esta novela. Acaso mis reticencias con respecto al psicoanálisis y la evidente parodia que Svevo hace del mismo produzcan en mí una suerte de placer y me lleven a concluir que el psicoanálisis es

una de las supersticiones más perdurables del hombre moderno.

Recientemente, mientras releía los *Tratados en La Habana* de José Lezama Lima, me reencontré con un ensayo titulado “Mann y la grandeza”. Debo aclarar que el ensayo para mí una de esas formas literarias cuya generosidad permite la relectura frecuente y necesaria, como visitar a una amante. En dicho ensayo Lezama aborda el ocaso de la novela de la era burguesa, y compara a sus personajes con los dioses y titanes de las grandes epopeyas, retirando-



Italo Svevo

se al compás de la música de Wagner. Lez ama leía en Mann una suerte de crepúsculo de los dioses. Los personajes de la novela burguesa nos recuerdan un universo en franca disolución, el repertorio de una serie de dramas que hoy resultan al mismo tiempo inasibles y familiares y, por lo tanto, plenos de sentido mitológico.

La conciencia de Zeno adquiere, en mi precaria mitología personal, la intensidad de un mundo en vías de desaparición, el ocaso de un universo de resonancias que detectivescamente hay que encontrar como lector. Italo Svevo no se anda con nimiedades: su novela está dirigida a quienes conocen el psicoanálisis de entrada y saben del difuso universo del inconsciente que Freud cartografiara en su inigualable y monomaniaco aparato crítico siempre cerrado sobre sí mismo. La criptografía analítica freudiana sirve a Svevo como punto de partida para la escritura de su gran novela.

La obra comienza con una carta dirigida nada menos que al doctor F., quien no puede ser otro que Sigmund Freud. Entre burlas y veras, el narrador advierte que a través de la escritura de su libro intentará curarse de su enfermedad, el tabaquismo, pero su mal no es otra cosa que el hecho de estar vivo. La existencia como enfermedad es una de las constantes profundas de la obra de Freud. El caso es que Zeno quiere dejar de fumar. El cigarro es una adicción de la que no puede separarse y busca las razones de ello. *La conciencia de Zeno* es una larga, extensa búsqueda para explicarse su afición al tabaco. Siguiendo el canon psicoanalítico, Zeno, en su obsesión por curarse de la nicotina, se encuentra con la muerte de su padre.

A partir de este hallazgo Zeno va reconstruyendo su propia historia. Como siguiendo un método proustiano, recurre a la memoria y, a partir de ella, a las elecciones que lo llevaron a ser lo que es: un hombre insatisfecho con su vida, con su esposa, con los negocios que ha hecho: en suma con las elecciones que ha tomado, o con las que han sido tomadas por él, para configurar su identidad.

Aparece entonces la historia de los tres amigos y las tres hermanas. Zeno prefiere a la más bella, pero la madre de las herma-

nas ya ha tomado la decisión de casar a cada una de sus hijas con el hombre adecuado. La menos agraciada es la que corresponde a Zeno y éste asume sin chistar el rol que le ha sido impuesto. Con el paso de los años —la estructura tripartita de la novela lo permite— Zeno lentamente va construyendo un universo personal y propio. Como corresponde al universo burgués del que forma parte, toma una querida, una chica joven que cae entre sus garras, y mantiene con ella una relación erótica salpimentada siempre por su impenitente adicción a los cigarros. En algún momento de la novela la mujer de la que siempre estuvo enamorado, su cuñada más joven, manifiesta su interés por él. Su mejor amigo, esposo de ésta, cae en desgracia en los negocios. Como en un bibelot, todos los engranajes conducen a la satisfacción de los deseos de Zeno. En un pasaje conmovedor se descubre, sin embargo, enamorado de su esposa. No siempre se obtiene lo que se desea, pero a veces se recibe lo que se necesita.

La sección dedicada a los negocios —fundamental para comprender a Zeno y la imposición patriarcal— constituye una buena parte de la novela. Los fracasos ajenos lo fortalecen, y Zeno permanece impasible ante las crisis económicas y los embates de las inversiones riesgosas. Ahí es donde toma revancha de sus rivales, seduce a su cuñada, sale victorioso. Por sí sola esta sección de la novela es una lección de marxismo básico: el dinero te hace libre, el capital, en su inquebrantable movimiento autónomo, funciona como una maquinaria perfectamente aceitada ajena a los dramas humanos desgarrándose entre sus dientes. Ante la aparente mediocridad de su existencia, Zeno sale victorioso.

Escrita en 1923, *La conciencia de Zeno* es una obra visionaria. La parte final de la novela, dedicada al futuro de la humanidad, predice nada menos que la destrucción del mundo. Contemporáneo de Einstein, pero también del loco Schreber (el mismo que frecuentaron Freud, Cannetti y Calasso), predice que alguien, un día cualquiera, perfeccionará un artefacto que destruirá a la humanidad entera y, previendo al último Freud y continuando

la historia del nihilismo, augura que todo desaparecerá dejando el lejano eco de nuestras aspiraciones y pasiones.

La conciencia de Zeno, en este sentido, puede leerse como una novela que pone en escena la filosofía moderna, desde Kierkegaard y Schopenhauer hasta Nietzsche. No lo hace en un sentido programático, sino desde las entrañas mismas de un universo en franca decadencia que augura a Sartre, Camus o Beckett. Ser consciente como Zeno implica enfrentarnos a la obsolescencia del mundo, a su irreparable precariedad, a nuestra insoluble búsqueda de respuestas.

Lo que comenzó con la búsqueda de una respuesta a la pregunta banal (por qué no puedo dejar de fumar), se convierte en un cuestionamiento de dimensiones cósmicas. Es así como podemos ubicar a *La conciencia de Zeno* como una obra comparable en alcances a *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, a la obra toda de Kafka, al *Ulises* de Joyce, al *Hombre sin atributos* de Musil, o a *La montaña mágica* de Thomas Mann.

En este sentido *La conciencia de Zeno* podría muy bien ilustrar este fragmento de Nietzsche que dice así:

En algún apartado rincón del Universo, pleno de centelleantes e innumerables sistemas solares, hubo una vez una estrella en la que unos animales inteligentes descubrieron el conocimiento. Fue el minuto más arrogante y más falaz de la “historia universal”: de todos modos fue sólo un minuto. Tras unas pocas aspiraciones de la naturaleza, la estrella se enfrió y los animales tuvieron que morir.

La muerte de Aron Ettore Schmitz, alias Italo Svevo, en septiembre de 1928 luego de un accidente automovilístico, nos ofrece una imagen de su personalidad fugitiva: poco antes de morir pidió un último cigarrillo.

Muchos años antes que Sartre, Camus o Beckett, Italo Svevo escribió, en centelleantes letras de oro, una novela fundamental para comprender nuestro banal paso por el mundo y nos ofreció un atisbo del universo póstumo que hoy estamos condenados a habitar. **U**